



Introducción al dossier: Cuarenta años de democracia en las instituciones educativas. Balances necesarios en momentos de amenaza

Ana María Barletta

barlettaam@gmail.com

Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Publicación: 02 Mayo 2024

Cita sugerida: Barletta, A. M. (2024). Introducción al dossier: Cuarenta años de democracia en las instituciones educativas. Balances necesarios en momentos de amenaza. *Archivos de Ciencias de la Educación*, 17(24), e125. <https://doi.org/10.24215/23468866e125>

Agradezco a la revista *Archivos de Ciencias de la Educación* por haberme invitado a coordinar este dossier conmemorativo de los cuarenta años de nuestra democracia en los ámbitos educativos. Y, muy especialmente, a Leandro Stagno, con quien hemos compartido la lectura y edición de los textos que presentaremos en una época muy difícil, no obstante, hemos podido tener un intercambio muy fructífero y agradable. Gracias, Leandro.

En el marco de la conmemoración de los cuarenta años ininterrumpidos de democracia en la Argentina, el dossier tiene como propósito realizar un balance y analizar perspectivas que contemplen los desafíos de la educación en relación con el entorno político. En particular, se procura abrir el debate sobre el papel de los diferentes niveles educativos en la formación de niñas, niños, jóvenes y personas adultas ante la exacerbación de la apatía y la cultura de la cancelación y debido a la ampliación de la circulación de representaciones y prácticas que ponen en tensión a la democracia.

Como nos damos cuenta a simple vista, se trata de un tema inmenso e inabarcable en una única compilación de artículos por lo que, en esta oportunidad, el recorte ha sido muy grande y desde dos puntos de vista. Por un lado, queremos conversar sobre la democracia como régimen político, como forma de vida instalada post dictadura, como forma de habitar las instituciones y los vínculos y tensiones entre los diferentes sectores sociales, tal vez como ciclo, y sus disputas de sentido. Estas aristas constituyen el contexto inevitable que impacta sobre el segundo plano de la reflexión: las instituciones educativas en democracia, con el propósito de indagar qué pasó en / con ellas después del 10 de diciembre de 1983, día inaugural de un nuevo ciclo político.



Las efemérides redondas suelen tener una inclinación muy fuerte hacia el balance y la consecuente proyección de un nuevo desafío, como ocurrió en 2013 y 2003, a los 30 y los 20 años de democracia, sobre lo que encontraremos - en los alrededores de esos años- múltiples ensayos de inventario y de interpretación de itinerarios y trayectorias. La rememoración es siempre una oportunidad para pensar en los tiempos de la historia y de la política, en el tiempo de nuestras vidas y en los de la Historia con mayúsculas, es decir, los tiempos de la disciplina histórica que no son los mismos que los de la política o los del relato vital, situados siempre en la cortísima duración. Historia y política se entrelazan, entonces, para advertirnos sobre la pluralidad de sentidos que nos habitan en las conmemoraciones.

Pero esta vez, al cumplirse cuarenta años, ese balance se impone como pregunta desesperada ¿Cómo fue posible? Porque ¿no constituye acaso una derrota sin precedentes haber habilitado el triunfo de la extrema derecha por vías democráticas? ¿En qué tiempos tenemos que pensarnos?, ¿en el del corto plazo que nos impidió ver que se estaba constituyendo una fuerza de extrema derecha con potencial político real?, ¿en otro tiempo de mediana duración en el que no advertimos que ciertas memorias subterráneas -que anidaban silenciosas en los márgenes- empezaban a expandirse más abiertamente en sectores populares desencantados? ¿O quizás tengamos que pensarnos en otro tiempo más largo todavía, más estructural, como es el de la enorme brecha de la desigualdad extrema, un aspecto cada vez más difícil de ocultar desde la pandemia en Argentina y en el mundo? Estructuras muy duraderas, fuertes determinaciones que arrancan desde muy lejos pero que podemos verlas fortalecidas a partir de la última dictadura y, entonces, ahí también otro tiempo aparece para pensar cuánto de esa época todavía perdura, cuáles siguen siendo las herencias profundas de la dictadura militar que permanecen inalteradas o poco roídas por la democracia.

Por eso la pregunta desesperada. ¿Cuántos tiempos confluyen en la conmemoración de esta efeméride? ¿Cómo estábamos pensando lo que venía sucediendo que desembocó en la instalación de un gobierno tan hostil de *repente*? (y ahí tenemos otro tiempo, el de un cambio de escenario colosal que nos hacía volver muy atrás, en 5 minutos).

Es muy notable que el 10 de diciembre pasado no hayamos podido celebrar cuarenta años de democracia, mientras veíamos asumir a un presidente que anunciaba sufrimientos a todo el pueblo argentino “para sacar al país de la crisis económica”. Fue un día muy triste para nuestras instituciones escuchando los anuncios más duros, mientras que cuarenta años atrás se había inaugurado un tiempo político cargado de promesas: “con la democracia, se come, se cura, se educa”. Ese *se educa* era un horizonte particularmente auspicioso para las instituciones educativas el que, junto a los ideales de libertad -luego de una época dramática de persecución y exterminio- iba unido a perspectivas de igualdad. ¿Cómo recordar ese discurso esperanzador y cargado de proyectos democratizadores de 1983 en un tiempo presente que reprobamos? (Rabotnikof, 2009).

Ha sido dicho que el año 1983 puede ser entendido como bisagra en la historia argentina reciente, quizás por el modo en que la sociedad argentina festejaba un cambio con fervor en una plaza colmada por una multitud que despedía a la dictadura, en el día internacional de los Derechos Humanos. Ésta es la marca fundante de esa nueva *democracia* que nacía sin adjetivos (democracia a secas), diferenciándose de un largo período histórico de “democracias de baja intensidad”, “semi-democracias”, “democracias proscriptivas”, “burguesas”, “corporativas” ... Una palabra cargada de mística que parecía reemplazar a la palabra *revolución*, nos dicen Javier Trímboli y Julia Rosemberg en un podcast muy atractivo para pensar la Historia en el espacio público (Rosemberg y Trímboli, 2022). Pero este tiempo, el de la revolución, ¿dejó de habitarlos realmente?

Ese horizonte promisorio para la educación que parecía abrirse en 1983, la promesa, hoy lo recordamos en un momento trágico y, en un sentido, parece que tuviéramos que volver a empezar. ¿De qué promesa hablamos? ¿De qué democracia hablamos cuando cada vez más advertimos que la democracia es el problema? ¿Por qué perdió mística la democracia y ahora la mística es de derecha? ¿Qué deudas tiene la democracia de cuarenta años? ¿No habremos creído demasiado en que todo se resolvía en el mecanismo procedimental de elecciones regulares sin golpes de Estado, representación, consenso y cambios paulatinos en oposición a la radicalidad de cualquier cambio verdaderamente emancipatorio?

Estas preguntas nos atormentan hoy sobre todo porque somos conscientes de que hay algo que no vimos. Es algo parecido a lo que se preguntaban Eduardo Rinesi y Gabriel Nardacchione post 2001, cuando también habíamos aprendido algo de repente: “Ahora: ¿qué quiere decir -aquí, en este contexto- ‘de repente’? ¿‘Como un rayo que cayese de un cielo sereno’, como se mofaba el viejo Marx del modo en que parecía haberse precipitado sobre Francia el golpe de Estado de *Napoleón le petit* según el relato de Víctor Hugo?” (Rinesi y Nardacchione, 2007, p. 38). En *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Marx sostenía que Víctor Hugo no había podido percibir la historia con las lentes adecuadas, en tanto no veía en el acontecimiento “más que un acto de fuerza de un solo individuo”, sin advertir que la desmesura y bizarría de un personaje menor estaban vinculadas a “cómo la lucha de clases creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe”.

Salvando las distancias con la frase de Marx, Rinesi y Nardacchione nos mostraban la dificultad que tenemos para ver y, hoy en día podemos decir, para caracterizar a este personaje que nos gobierna. Pero, independientemente de este problema de caracterización, tenemos, en las instituciones educativas, dos grandes preocupaciones: el financiamiento y los salarios más el hostigamiento al mundo de las ideas, al mundo del pensamiento, a nuestras convicciones a las formas de producir conocimiento y a cómo vincularnos con la sociedad. Está en juego la misión de la educación, una función social ampliada, más allá de las instituciones educativas formales, porque recibimos distintos tipos de demandas intra y extraacadémicas y porque han crecido los sujetos pedagógicos a quienes recibir y formar.

En el dossier que presentamos hacemos historia, pensamos teóricamente, escuchamos al aula para pensar nuevos desafíos, además, mostramos nuestra perturbación sobre el momento actual. Dos artículos históricos, el de Cynthia Wanschelbaum y el de Luciana Garatte, nos ofrecen sus perspectivas diacrónicas sobre fuertes disputas políticas en las instituciones educativas en el marco de la democracia naciente, en las dos primeras presidencias que tienen, ambas, pretensión de refundar instituciones educativas. Uno de ellos en el ámbito de nuestra Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación en el momento de refundar la carrera, post dictadura, y la pelea entre los discursos de profesoras y profesores que se quedaron y quienes volvieron de los exilios. Y el otro, en el marco del Congreso Pedagógico Nacional (en adelante, CPN) cuando volvía a reditarse, en nuevos términos, la disputa con la Iglesia Católica en la educación.

El artículo de Cynthia, “El futuro llegó hace rato. La libertad de enseñanza de Alfonsín a Milei”, con su sugestivo título, pone en perspectiva de larga duración la persistencia del pensamiento de derechas en educación, desde la impronta del CPN inaugurado por Alfonsín en 1986, exponiendo también algunas líneas que se remontan al gobierno de Illia y al establecimiento de la Ley 1420 en el siglo XIX, para reflexionar sobre la discrepancia Iglesia / Estado; educación pública / privada; educación como derecho / servicio / asistencia / libertad de enseñanza pero, más directamente, en estos cuarenta años de democracia, en las orientaciones educativas nacionales. Según esta autora, el triunfo de la

Iglesia Católica en las conclusiones del CPN influyó en el pensamiento de la ciudadanía y en la emergencia y consolidación de una extrema derecha privatizadora, descentralizadora, emprendedora y promotora de valores antiderechos que llega a la actualidad. Uno de los atractivos de este texto es que nos permite advertir la tenacidad de ideas de derecha en la educación argentina, característica por demás perturbadora en el momento actual, cuando asistimos al gobierno de la extrema derecha y, en sintonía con el inicio de esta introducción, cuando nos estamos preguntado “¿qué nos pasó?”, una pregunta que exhibe crudamente que no habíamos visto lo que estaba ocurriendo como posibilidad real de consumación. Cynthia intenta volver nuestra mirada hacia las debilidades de las posturas más estatistas frente a la productiva consigna de la libertad de enseñanza, esgrimida históricamente por la Iglesia Católica, un antecedente significativo, nos dice, para el establecimiento del pensamiento neoliberal de la Ley Federal de Educación del gobierno de Menem y de ahí en más. Como si la educación democrática hubiera estado carente de fuertes emprendedores laicos que hubieran podido llevar las ideas de la educación pública como derecho a un lugar más destacado en esas conclusiones de 1988. ¿Cuál fue la actuación de la CTERA que no pudo (no fue alentada / se le impidió) tener una participación más relevante? ¿Qué pasó con la UCR o parte de ella? ¿Negoció ciertas posturas con la Iglesia por compartirlas o tal vez por necesitar no abrir tantos frentes de batallas con los militares, el campo, los sindicatos...? El texto nos sugiere que en la derrota de Alfonsín y de los emprendedores laicos, en esas conclusiones de 1988 del CPN, podría estar anidando la explicación de muchos aspectos descorazonadores del momento actual.

El artículo de Luciana, “La educación y la democracia en las prácticas formativas en Ciencias de la Educación en la historia reciente”, se plantea una cuestión muy interesante como es la indagación de cambios en la formación de estudiantes de la carrera de Ciencias de la Educación y los sentidos en torno a la educación y la democracia que ellas y ellos construyeron en dos períodos: el de la normalización democrática de 1983 y el de las reformas educativas de los años '90, en un escenario de nuevas regulaciones para la educación superior universitaria. El texto se detiene en una descripción de ambos momentos. Por un lado, la llamada “primavera democrática” que supuso una profunda reorganización del espacio universitario, la regularización de los planteles docentes, el retorno del exilio (dentro y fuera del país) de profesoras y profesores que habían sido exonerados desde fines de 1974; asimismo, en el plano intelectual, la promoción de una modernización académica con la apertura hacia nuevos discursos teóricos excluidos durante la dictadura militar, lo que se efectivizaba en los procesos de reforma de los planes de estudios y la revisión de los programas de las asignaturas. Por otro lado, un segundo momento caracterizado por las reformas educativas neoliberales y neoconservadoras en Argentina y en toda América Latina, época del Estado evaluador que acrecienta su capacidad de dirección y control sobre la Educación Superior. Luciana muestra el modo en que nuevas consignas como evaluación, calidad de la educación superior, arancelamiento, distribución del presupuesto y generación de recursos propios, ocasionaron fuertes enfrentamientos entre las autoridades ministeriales y las universidades de las que también participaron las y los estudiantes. En ambas etapas, con el norte puesto en analizar los cambios en la formación en esas dos diferentes circunstancias, la autora detecta conflictos en el claustro de profesores en los que se detiene para observar, a partir de entrevistas realizadas a grupos de estudiantes de ambas épocas, la repercusión que estas tensiones tuvieron en la formación, no solo por las visibles disputas teóricas entre profesores y profesoras de nuevo y viejo cuño (lo que llama *discursos disonantes*), sino también por la incidencia de las prácticas políticas estudiantiles. De este modo, Garatte muestra el interjuego que se produjo en la dialéctica de diferentes espacios que nutrieron las variadas instancias de formación, a partir de lo que “viejos estudiantes” relatan: la combinación de influencias teóricas junto a intervenciones en y del centro de graduados, de estudiantes, la calle, entre otros espacios.

Luego de los artículos históricos, nos metemos en el aula con el texto de investigación sobre la actualidad de nuestro colega y director de la revista *Archivos de Ciencias de la Educación*, Isabelino Siede. “¿Qué ven cuando nos ven? Representaciones infantiles sobre la sociedad argentina”, es sumamente interesante para la problemática del dossier, a saber, la indagación a través de una consulta realizada a estudiantes de sexto grado de nivel primario en trece jurisdicciones del país, acerca de las ideas que tienen sobre la democracia y cómo la valoran, con la excelente idea de incorporar estos pensamientos a las evaluaciones variadas sobre los logros y los problemas pendientes de ésta, vigentes hoy en la opinión pública. Se plantea, entonces, la necesidad de relevar cómo las infancias ven a la sociedad en que viven, qué juicios establecen sobre ella y cómo entienden su propia inclusión en la vida social, pensando que niñas y niños pueden aportar una sensibilidad no del todo formateada por la cultura y el mundo adulto, ni por las relaciones hegemónicas, a pesar de que, se sostiene, no quedarían al margen de los sesgos epocales ni de la orientación de su educación ciudadana.

Luego de una breve parte histórica en la que se rastrean algunos antecedentes de indagación sobre voces infantiles a las puertas de la dictadura (1976) y durante la transición (1984), indicios para realizar contrastes con el momento actual, Isabelino se concentra en una encuesta propia sobre las imágenes de la democracia, realizada a chicas y chicos que nacieron en la segunda década del siglo XXI y que están terminando su escolaridad, encuesta gestionada a través de directivos y docentes que fueron contactados por redes sociales y correo electrónico. Se indaga sobre tres ítems: los aspectos valiosos de la sociedad argentina; los problemas pendientes que la Argentina debería resolver y, finalmente, sobre lo que chicas y chicos podrían aportar como pistas para la enseñanza. En la conclusión se analizan las respuestas recogidas que son de una enorme diversidad (a pesar de las actuales admoniciones gubernamentales sobre la existencia de un pensamiento único adoctrinado entre los escolares), propia de una sociedad plural, atravesadas, lógicamente por la política pero no siempre en el formato clásico de la acción política sino como ebullición de ciertos modos de ver el mundo y la sociedad en que viven, como tensión entre las promesas incumplidas del presente y la expectativa de que algo se modifique por acción propia o ajena.

Siede no se conforma con las respuestas e introduce una perspectiva crítica al preguntarse, en ese contrapunto de respuestas, ¿cuánto hay de presión social y cuánto de construcción personal en las miradas de cada niño o niña sobre el mundo social? Algo nada fácil de establecer, en tanto observador externo, pero se pregunta, hipotetiza sobre la estructura, originalidad y justificación de las ideas infantiles para saber qué franja de sus pensamientos es fruto de influencias del medio y cuál de elaboración propia. Esto le permite concluir que niñas y niños observan la sociedad en que viven y tienen reflexiones sobre ella, atravesados como están por numerosos discursos que nutren su mirada y pretenden moldearla, pero también generan enunciados propios y articulaciones novedosas de esas influencias que reciben. En síntesis: el material es precioso, las respuestas muy atractivas, la idea muy original. Nos hace pensar que, si la educación es un derecho de las infancias, entonces escuchémoslas, conozcamos su mundo en forma directa para saber qué piensan y qué nos demandan como saberes necesarios para el desarrollo de su propia ciudadanía, para aportar a la construcción de una cultura política democrática, guiada por valores de libertad, igualdad, respeto a la diversidad y solidaridad que ha sido la principal contribución de las escuelas a la educación política de la sociedad argentina. La encuesta es una herramienta para enterarnos de ello y puede ser una idea revolucionaria para la educación como lo fue, por ejemplo (me hizo acordar) *El diario de los chicos* en 1973, una iniciativa trunca del Ministerio de Educación de la Nación, en años turbulentos, que nos conecta con legados muchas veces invisibilizados (Abbatista y Badenes, 2022).¹

Para seguir el hilo de una vida democrática y democratizadora en las prácticas escolares, no solo en los contenidos de la enseñanza, se ha incluido un artículo teórico que nos ofrece, justamente, una inspiración conceptual para nutrir nuestra práctica; es sumamente interesante en sí y para los tiempos que corren, en los que necesitamos tanto repensarnos en nuestras ideas y, sobre todo en nuestras prácticas, estrategias y vínculos. Se trata del texto “Educación y democracia. Aportes de John Dewey para pensar las escuelas contemporáneas”, de Livio Mattarollo y Victoria Paz Sánchez García.

El artículo comienza con una presentación muy clara del problema y anuncia que se propone recuperar a Dewey para abordar el vínculo entre filosofía y educación. Por un lado, procura hacer frente a la desatención que la filosofía política hace de la pedagogía, por otro, discute las concepciones sobre la neutralidad del Estado respecto de la adopción de valores sustantivos en el vínculo educativo (una gran iluminación sugestiva para el presente) Luego de afrontar un diagnóstico sobre el sistema basado en el pensamiento de Inés Dussel, esboza el eje de su presentación: qué contribución puede hacer la filosofía a la hora de pensar una educación efectivamente articulada a la idea de democracia, entendida no sólo como una forma de gobierno sino, fundamentalmente, como una forma de vida, y qué implicancias traería aparejadas dicha reflexión para el campo propiamente educativo ya que, entienden, la perspectiva deweyana articula teoría y práctica, filosofía y pedagogía.

Experiencia, investigación y democracia son los conceptos centrales que desarrollan. Se detienen en la conexión orgánica y necesaria entre educación y experiencia que les permite avanzar hacia la elaboración de una “filosofía de la experiencia educativa” bajo la convicción de que “la educación es un desarrollo dentro, por y para la experiencia”, acción, transacción, continuidad de la experiencia, nueva experiencia, cambio reflexivo. Se explicita la idea de investigación organizada en forma cooperativa, una genuina investigación, científica o no, que requiere de la cooperación y de la democratización e investigación social cooperativa, orientada a la resolución de problemas públicos. Esto sobre la base fundamental de que “[u]na democracia es más que una forma de gobierno; es primariamente un modo de vivir asociado, de experiencia conjunta comunicada”. Entonces, y acá viene el meollo del texto, un proceso educativo “debería comenzar haciendo algo”; una actividad en sí misma significativa, que capte el interés vital de las y los estudiantes como punto de partida para ejercitar y entrenar las capacidades cognitivas. El aula sería entendida, básicamente, como una comunidad de investigación donde las y los docentes serían miembros competentes y experimentadxs que guiarían la investigación y serían responsables de propiciar una construcción colectiva del conocimiento junto con lxs niñxs, un mundo en miniatura como el resultado y recompensa obvios de sus actividades conjuntas.

Aprender haciendo, más que adquisición de paquetes de información acabado, como una forma de enfrentar los males típicos de una educación enciclopédica para contraponerle la idea de educación como trabajo, la escuela como forma de vida en comunidad, atenta a la experiencia actual de niñas y niños, sostenida en medios de acción democráticos, pensada como “un proceso de vida y no una preparación para una vida ulterior” porque la democracia, nos dicen, sólo puede proceder de una socialización fundadora de una sociabilidad determinada, una educación comprometida con los problemas sociales y con la misma democracia. Dicho de otro modo, los fines democráticos demandan métodos democráticos para su realización que sean idénticos a los fines que pretende alcanzar.

En síntesis, un artículo teórico con derivaciones metodológicas para pensar la escuela. El eje estructurador nos incita a pensarnos como docentes en un momento en que nos acusan de adoctrinar

y bajar línea. Livio y Victoria nos están diciendo a través de su artículo: si no tenemos metodologías democráticas y, en un sentido, politizadas, no podemos pretender formar una ciudadanía democrática. Nos instan a politizarnos en otro sentido que el de puramente largar discursos a asimilar. ¿No habrá sido ése, acaso, un efecto no deseado de las políticas públicas que tanto valoramos? Porque alguna responsabilidad sentimos en lo que está pasando. Somos docentes, imposible no pensarlo y nos preguntamos cuánto pudimos contribuir -sin advertirlo- a que una parte significativa de la juventud aceptara, sin más, discursos tan hostiles hacia nosotras y nosotros. Es parte del estupor, la incertidumbre y los desafíos que enfrentamos.

Finalmente, después de dos artículos históricos, de una investigación actual sobre el aula y de un desarrollo teórico desde la filosofía de la educación para pensar la escuela, contamos con un ensayo cargado también de investigación conceptual e histórica que nos pone en el centro de la perturbación cotidiana e inquietud permanente de la Argentina actual. Se trata de “Negacionismo y adoctrinamiento. Confrontaciones educativas a 40 años de la recuperación de la democracia”, de Martín Legarralde. Un artículo que habla específicamente de la coyuntura crítica, del ataque a la educación por parte del Presidente de la Nación y su staff gubernamental. Se trata de una muy necesaria discusión porque nos habilita a pensar acerca de cómo poder encarar este ataque que nos están infringiendo sobre el comportamiento a tener en nuestras aulas y, además, nos ilustra acerca de cómo contextualizar histórica y conceptualmente el problema y, así, abrir la discusión.

Ante las acusaciones del gobierno nacional, el Director General de Cultura y Educación bonaerense, Alberto Sileoni, había dicho a *Página 12* “en democracia no hay adoctrinamiento”. Desde sus conferencias matinales de prensa, el vocero presidencial, Manuel Adorni, había hablado de controlar las escuelas con señalamientos admonitorios también hacia las universidades nacionales, apuntando contra los contenidos educativos. Por eso, Sileoni se remontó a la dictadura militar para establecer la diferencia esencial con el régimen democrático: “Yo soy grande y fui director de educación de adultos en la dictadura. Ahí lo había. Nos obligaban en las escuelas a leer cuadernillos que hablaban de conocer al enemigo o el marxismo dentro de la educación. Era una obligación hacerlo y había sanciones por no hacerlo, más allá de que nosotros en mi área no lo hacíamos”. Y reitera: “En democracia no hay adoctrinamiento” (Miquel, 28 de abril de 2024).

En esta trama, el artículo de Legarralde parte del debate sobre el negacionismo que, como sabemos, es enorme en el mundo occidental desde la segunda posguerra mundial. Para ambos temas, negacionismo y adoctrinamiento, Legarralde pone el *incipit* de estos problemas en la dictadura: guerra y combate contra la subversión en la escuela.² Nos ilustra sobre acepciones diferentes del término “adoctrinamiento” para mostrarnos que, en la coyuntura actual, es utilizado como consigna de denuncia de una serie de temas o contenidos que son rechazados por su pertenencia universos de sentido asociados al pensamiento de izquierda y progresista: el feminismo, la perspectiva de género, el lenguaje inclusivo o la historia de la última dictadura militar, entre otros. Pero Martín lo sitúa en relación a la escuela y la academia y, por esta vía, pone en tensión la cuestión del conocimiento de los hechos históricos y su trasmisión por tres vías: el juicio, las conmemoraciones y la investigación. Sobre todo, en relación a estas dos últimas, preguntándose si esto solo ocurre con este tema histórico o también con los otros, los temas históricos que siempre ha tratado la escuela, en tensión con las conmemoraciones. Conviven en la escuela, nos dice, al menos dos formas de tratamiento: uno que podríamos denominar como conmemorativo y otro, cognitivo. Y ese es uno de los temas que, tradicionalmente, “sufrir” la disciplina histórica en la escuela y en los medios. ¿Efemérides o conocimiento? ¿Efemérides con o sin investigación? ¿Efemérides siempre iguales o las nuevas circunstancias plantean nuevos interrogantes? ¿Progresar el conocimiento histórico o es siempre el mismo? ¿Cómo se difunde este conocimiento en la escuela y los medios?

Martín demuestra que al gobierno actual sólo le preocupan los temas “ganados” por los gobiernos progresistas que quiere denostar y emprende contra docentes e instituciones: la escuela primaria y secundaria, la Universidad, el sistema científico.

Legarralde no deja de plantearse una perspectiva crítica cuando se pregunta en qué medida las políticas educativas de memoria que se intensificaron desde 2006 fueron interpretadas por algunos actores como una acumulación ritual de consignas que desacoplaron, en cierto modo, los avances de la investigación histórica respecto de la enseñanza de la historia de la dictadura. Una autocrítica difícil por tres motivos: porque los consensos sociales establecidos no son definitivos, sino que deben ser constantemente reconstruidos; porque son incómodas las proposiciones desafiantes, las expresiones “políticamente incorrectas” de nuestros estudiantes que intentan, justamente, desestabilizar esos aparentes consensos y, finalmente, porque un abordaje en profundidad requiere que como docentes dispongamos de una formación actualizada acerca del conocimiento producido sobre la historia de la última dictadura militar y los debates académicos y didácticos sobre su enseñanza.

Detecta el texto una diferencia esencial entre los enunciadores negacionistas: los investigadores, los docentes, los políticos, los estudiantes. Estos últimos merecen nuestra especial consideración porque no son funcionarios. Y allí, Martín nos transmite su experiencia: los jóvenes demuestran no dejarse manipular, desestabilizan los relatos impuestos; reivindican los relatos desafiantes para avanzar en el conocimiento del pasado. Es ahí donde necesitamos escuchar para indagar sobre qué hablan los distintos actores cuando usan como consignas términos como “negacionismo” y “adocctrinamiento”. Desafío enorme porque, más allá de reconocer que nuestra sociedad ha construido un camino de verdad a partir de la producción de conocimiento histórico como punto de apoyo decisivo en estas confrontaciones, los docentes tenemos que estudiar.

Vuelvo, para terminar, a la pregunta inicial con palabras de Pablo Semán: “¿Cómo fue posible la emergencia de esta fuerza que sorprende, muchas veces, indebidamente? Nos encontramos ante una situación que presenta desafíos y amenazas graves e inusitadas, aun cuando no conozcamos su magnitud” (Semán, 2023, p. 10). Un desafío enorme porque queremos una democracia con adjetivos, no “a secas”, una democracia sustantiva, completa, para lo cual tenemos un gran trabajo para preservar el aula como lugar de confianza, estudiar para comprender y no dar consentimiento (Robles, 25 de mayo de 2024).

REFERENCIAS

- Abbattista, L. y Badenes, D. (2022). *El diario de los chicos: una experiencia revolucionaria de comunicación en 1973*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Ministerio de Cultura y Educación (1977). *Subversión en el ámbito educativo (conozcamos a nuestro enemigo)*.
- Miquel, A. (28 de abril de 2024). “En las aulas no hay neutralidad”, entrevista realizada a Alberto Sileoni. *Página 12*. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/732367-en-las-aulas-no-hay-neutralidad>
- Rabotnikof, N. (2009). Política y tiempo: pensar la conmemoración. *Sociohistórica*, 26, 179-212.
- Rinesi, E. y Nardacchione, G. (2007). Prólogo. Teoría y práctica de la democracia argentina. En E. Rinesi, G. Nardacchione y G. Vommaro (Eds.), *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente* (pp. 9-55). Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de General Sarmiento, Prometeo Libros.
- Robles, R. (25 de mayo de 2024). Negar nuestro consentimiento. *Página 12*. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/739529-negar-nuestro-consentimiento>
- Rosemberg, J. y Trímboli, J. (2022). II. 35. Democracia, 1983. Adelanto de una efeméride. En *Un poco sucio*. Disponible en <https://open.spotify.com/show/6XYZwm0cQD1cSy2TT56MHo>
- Semán, P. (2023). Introducción. La piedra en el espejo de la ilusión progresista. En P. Semán (Coord.), *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* (pp. 9-42). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

NOTAS

1 *El diario de los chicos* fue una experiencia de comunicación original y revolucionaria realizada desde el Ministerio de Educación de la Nación entre octubre de 1973 y agosto de 1974, cuando cambia la dirección del Ministerio, a partir de la renuncia de Jorge Taiana y la asunción de Oscar Ivanissevich. Este diario reivindicaba para los niños, en clave coloquial, el “derecho a estar informado”. El Departamento de Comunicaciones Sociales del Ministerio de Cultura y Educación lanzaba así un periódico destinado a los estudiantes de 6° y 7° grado de todas las escuelas primarias del país. El diario interpelaba a sus destinatarios como sujetos activos, los instaba a ser partícipes (Abbattista y Badenes, 2022).

2 En 1977, el Ministerio de Educación publicó el folleto *Subversión en el ámbito educativo: conozcamos a nuestro enemigo* y resolvió que su lectura debía ser obligatoria en todas las escuelas del país. El folleto se iniciaba con la siguiente caracterización: “Así es como en el país hemos de hablar de guerra, de enemigo, de subversión, de infiltración, términos éstos poco acostumbrados en la historia argentina contemporánea y sobre todo en ámbitos como el de la educación y la cultura; pero esa es la cruda realidad y como tal se debe asumir y enfrentar: con crudeza y valentía” (Ministerio de Cultura y Educación, 1977, p. 5).